

Las nueve vidas de Monsiváis

- Los sobrados méritos de ese fenómeno de la cultura contemporánea de México que recibirá éste año el Premio 'Juan Rulfo' de la FIL de Guadalajara.

Uraño y a la vez generoso. Como sus incontables gatos: tierno y misterioso. Obsesionado por la justicia y los rituales del caos. Lector de tiempo completo, conferencista de tiempo completo, escritor de tiempo completo, ubicuo de tiempo completo. Como sus gatos: tiene siete vidas (más dos, gracias por la corrección). Sólo así se entiende como se desdobra: ora está en un Coloquio, ora en una presentación de un libro, ora recibiendo un premio. Carlos Monsiváis es personaje y mito, cronista y suscriptor de cuanto manifiesto en contra de la injusticia y la falsa moral aparece en los diarios; talento y humor imprescindible para sus lectores, artículo de la canasta básica de todos sus adeptos. Convocante de multitud de admiradores ávidos de celebrar y reflexionar ante sus disertaciones barrocas de juicios implacables, envueltos en retorcidas sintaxis y complejos verbos, imposibles de encontrar en el diccionario.

Carlos Monsiváis recibirá éste año el Premio 'Juan Rulfo' de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara que llega a su vigésima edición. El Premio ha cambiado de nombre por una extraña insistencia de los familiares del gran autor de "Pedro Páramo", pero seguirá siendo el acto central de una gran fiesta de la cultura que éste año tiene como invitada de honor a la región de Andalucía.

A propósito de Monsiváis presumo que he tenido el privilegio de tratar desde hace muchos años y en breves momentos a ésta figura de las letras nacionales y honestísimo intelectual. A invitación nuestra ha estado varias ocasiones en Querétaro. La comunicación para contactarlo siempre fue difícil porque constantemente está viajando o trabajando, aunque de manera regular tiene el teléfono al lado de sus montañas de libros ordenadamente desorganizados en pilas que desafían a la gravedad. Unas cuantas palabras y listo. Un diálogo de frases cortas y Carlos colgaba el auricular. Al principio llegué a pensar que ni anotaba el compromiso, pero luego me sorprendía llamándome la víspera para confirmar la invitación o para preguntarme el lugar del hotel donde se hospedaría. Y siempre llegaba y los lugares donde se presentaba siempre estaban atiborrados y nunca decepcionó a sus seguidores.

Durante años me regaló su colaboración para el semanario "Nuevo Milenio" y en una de esas ocasiones que vino a Querétaro me pidió que le acompañara a visitar a un anticuario en la calle de Pasteur, a un lado del templo de la Congregación. Carlos caminaba entre reliquias y muebles y preguntaba los precios de ciertos objetos que le llamaban la atención. Invariablemente obtenía como respuesta: "Ese no se vende" de parte del dueño del negocio (¿?) que nos seguía como celoso vigilante de sus antigüedades que, por cierto, lucían como si fueran nuevas. Hasta que el hombre por un segundo flaqueó en su convicción de no vender nada y terminó aceptando la compra de unas viejas postales de mujeres desnudas en color sepia. Me apresuré a pagarlas como mínimo gesto compensatorio a sus derechos de autor que jamás me había cobrado. No lo permitió y solo alcancé a escuchar un ronco susurro escapando de su prognatismo: "¡Pinche viejo mezquino!". Me quedé pensando si la taimada expresión era para mí o para el vendedor de antigüedades que nunca quería vender nada.

Así como esa podría narrar otras anécdotas del ingenioso escritor y excepcional hombre de ideas llamado Carlos Monsiváis, pero hoy hay que destacar los méritos de su galardón. El acta resolutive del jurado calificador de la XVI edición del Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo menciona que habiendo examinado las candidaturas presentadas, así como las propuestas por los miembros del jurado, y tras detallada consideración del significado e impacto de la obra de grandes escritores de nuestras letras latinoamericanas y caribeñas, el jurado decidió, por unanimidad, conceder el galardón al escritor mexicano Carlos Monsiváis.

Nacido en 1938 el ganador es un crítico cultural, escritor y ensayista, cuya creatividad ha renovado las formas de la crónica periodística, el ensayo literario y el pensamiento contemporáneo de México y América Latina. Monsiváis ha forjado un lenguaje distintivo para representar la riqueza de la cultura popular, el espectáculo de la modernización urbana, los códigos del poder y de las mentalidades. A lo largo de una actividad de 40 años, cuajada en libros como *Días de Guardar* (1970), *Amor perdido* (1976), *Nuevos catecismos para indios remisos* (1982), *Escenas de pudor y liviandad* (1988), *Aires de familia. Cultura, y sociedad en América Latina* (2001), ha contribuido con la democratización de la vida cotidiana.

Intelectual, independiente y comprometido, el impacto de su obra se proyecta internacionalmente con estilo innovador y esperanza en la diversidad crítica del diálogo que da forma a la nueva cultura latinoamericana. Monsiváis ha obtenido el Premio Nacional de Periodismo (1978) por sus crónicas; el Premio Xavier Villaurrutia (1995), el Premio Anagrama de Ensayo (2000) y el Premio Nacional de Ciencias y Artes, en la rama de Lingüística y Literatura (2005), entre otros.

Autor de una obra deslumbrante, Carlos Monsiváis ha sabido combinar, con maestría y calidad literaria excepcional, el rigor crítico con la lucidez de una mirada capaz de ver e interpretar, en cada elemento de la realidad que registra, seña y signo de las complejas negociaciones y opciones que delinean y configuran la realidad humana, política y cultural de nuestro tiempo.

En los últimos meses Monsiváis tuvo una intermitente participación política, manifestándose a favor de la candidatura de AMLO hasta que éste decidió la estrategia de resistencia y las medidas de bloquear la ciudad de México. Ese gesto pinta a Monsiváis en su compromiso con una izquierda moderada, inteligente y madura y en su rechazo a las posturas radicales y extremas.

Felicitaciones a este extraordinario retratista, analista, diseccionador minucioso y sarcástico de la sociedad mexicana. Gracias al ingenioso, culto y ameno escritor y periodista, que de manera pródiga ha destilado humor y crítica mordaz. Gracias al cronista de nuestras glorias y fracasos. Sin Carlos Monsiváis México no sería igual. Sin este fenómeno mitológico de nuestra cultura contemporánea nuestro país sería más solemne, más aburrido, más inequitativo, más cursi, más sumiso y más devoto.

Me pregunto si después de este elogio hasta el anticuario, reticente a desprenderse de sus vetustas colecciones, podría negarse a vender a nuestro homenajeado cualquier añoso objeto para quedar definitivamente amontonado en algún rincón de la casona del cronista en la Colonia Portales.